

CONFABULADOS CON DIOS

VÍCTOR HUGO PÉREZ GALLO

CONFABULADOS CON DIOS



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la sobrecubierta:  Calderón Studio®

Primera edición: noviembre de 2024

© Víctor Hugo Pérez Gallo, 2024
© de la presente edición: Edhasa, 2024
Diputació, 262, 2^o1^a
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-6407-1

Impreso en Industrias Gráficas Huertas

Depósito legal: B 18903-2024

Impreso en España

«Con título de reino unas veces, y otras, de condado, se había establecido en las vertientes meridionales del Pirineo central un estado independiente, llamado primero de Sobrarbe y después de Aragón».

Don Vicente de la Fuente,
Historia de Calatayud

Prescribimos, pues, que sean siempre preservadas la paz y la integridad de todos los bienes que puedan corresponder a este hospital, por efecto de vuestra benevolencia, para satisfacer las necesidades de los peregrinos y los pobres, en las iglesias tanto de la Iglesia de Jerusalén como de las otras Iglesias, y en el territorio de sus ciudades, o que pudieran ser ofrecidos por cualquier fiel, hoy y en el futuro, según la libertad divina, o adquiridos por cualquier otro medio justo, o que pudieran serles concedidas, al igual que a sus sucesores y hermanos que cuiden de los peregrinos...

Papa Pascual II, «Al venerable hijo Gerardo»,
en *Bula Pie Postulatio Voluntatis*, año 1113

Sumario

Advertencia a los lectores	11
Mapa de la aldea de Valdehorna	13
Mapa de la región de Calatayud	14
<i>Dramatis personae</i>	15
Capítulo I. <i>Algo más que una virgen negra</i>	19
Capítulo II. <i>La llave de la casa de David</i>	43
Capítulo III. <i>La más valiosa de las posesiones del rey</i>	89
Capítulo IV. <i>La carne de los muertos, cocida y especiada, sabe mejor</i>	117
Capítulo V. <i>El guardián del pacto</i>	211
Capítulo VI. <i>Qal'at 'Ayyūbm</i>	241
Capítulo VII. <i>El nacimiento de Siete Dedos. El presente</i>	313
Capítulo VIII. <i>Donde comienza el futuro</i>	395
Epílogo	425
Nota del autor	427

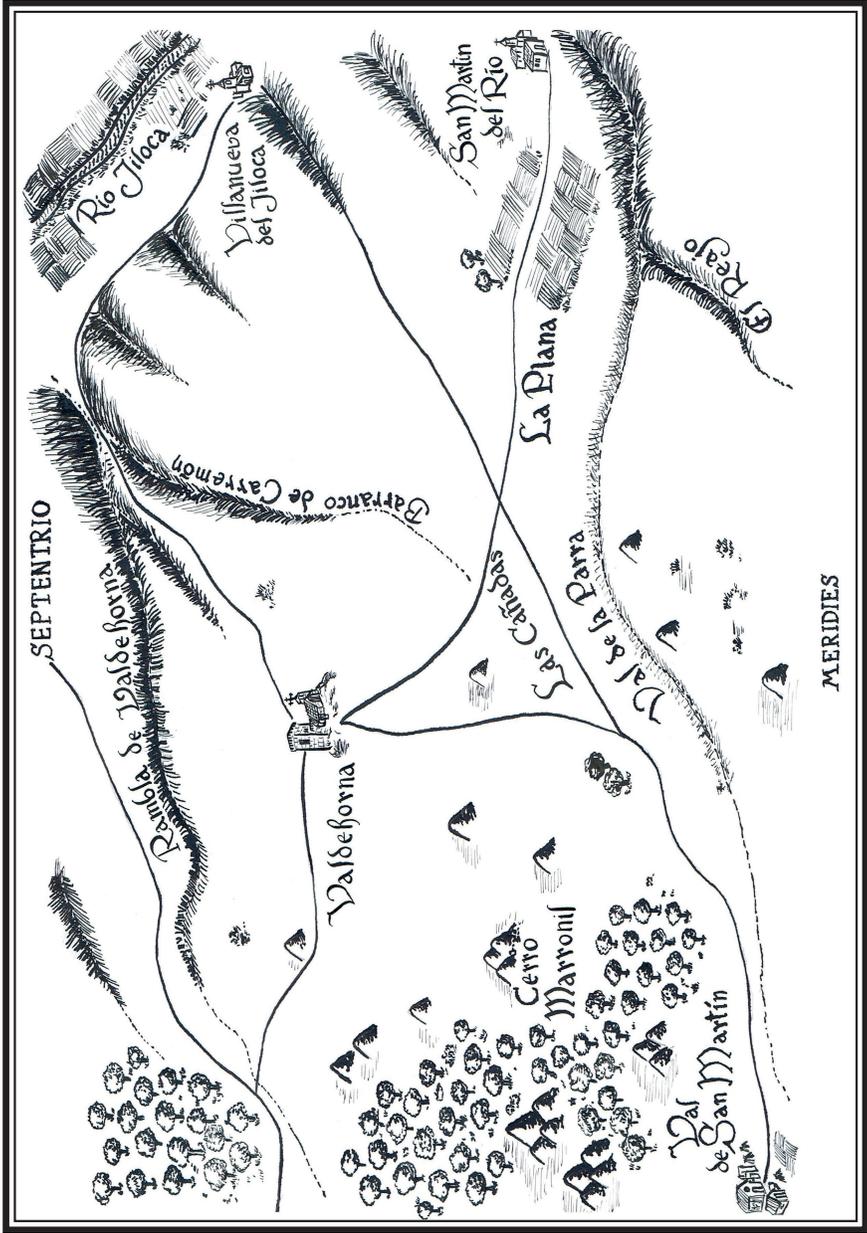
Advertencia a los lectores

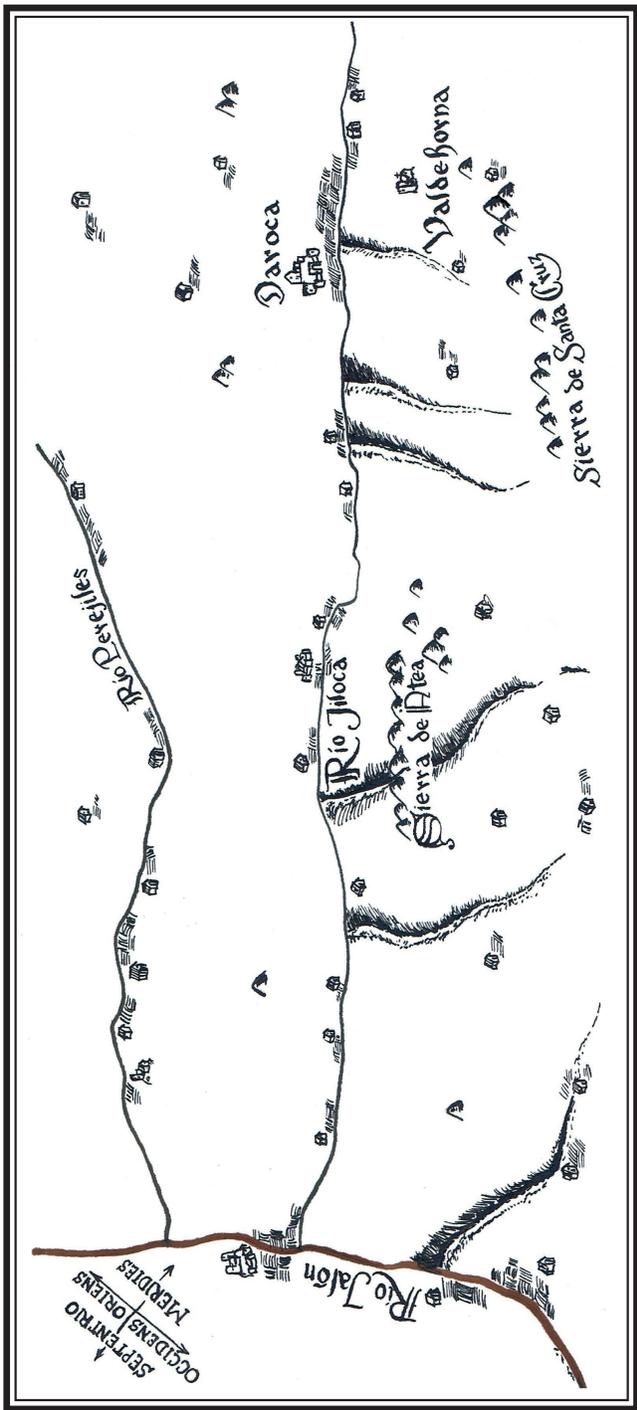
Ésta es una novela, no un ensayo histórico. Aunque la geografía de Aragón no es imaginaria, ya que muchos de los lugares son reales (o al menos tangibles, como la actual Zaragoza, la aldea de Valdehorna o la devastada Belchite), otros están destruidos por el tiempo o las bombas de la Guerra Civil, lo que les da una visión irreal a estas letras. Para el que busque una trama medieval con caballeros rubios y afeitados, damiselas delicadas y vestidas de tul, donde triunfa el bien y donde la bondad es un sentimiento común, mejor que no pase de la primera página: sencillamente, ésta no es su novela. No la lea.

Para el que busque espadas brillantes y hermosas armaduras de torneo, que no pase de estas líneas: esta gesta les muestra un Aragón de hombres hirsutos, de judíos humanistas, de mujeres fuera de su tiempo, de campesinos famélicos y rebeldes. Seres que luchaban, lloraban, rezaban, fornicaban y, con mucha más frecuencia, morían juntos por enfermedades o por el filo. Mujeres y hombres que vivían su vida con intensidad, que se alimentaban de carne, pan y vino, defecaban y se embriagaban, con aspiraciones y miedos. Mujeres y hombres como nosotros.

Esta narración es un desafío para los que buscan una bella interpretación de la historia medieval, de Aragón en particular y de las Españas en general. Hombres y mujeres de Aragón, de Calatayud, de Daroca, provenientes de esas pequeñas aldeas perdidas entre las misteriosas colinas al lado del Jiloca y del Jalón; San Martín del Río, Valdehornas, Murero, Balconchán: topónimos antiguos, cada uno con su propio y profundo misterio; villorrios donde residían judíos prestamistas, prostitutas morenas, cristianos felones, musulmanes estudiosos de la ley, habitantes del siglo XII que convivían, que combatieron armados con la espada y su fe. Hombres y mujeres inventores del Aragón moderno. Con sus propias circunstancias que los eximen de ser juzgados. Nosotros, seres modernos conocedores de internet y de la pólvora, de la comodidad de las ofertas de los mercados, del respeto a la diversidad, no habríamos sido mejores que ellos en su tiempo.

Sólo los hechos de los hombres son reales. *Hic sunt dracones.*





Dramatis Personae

La trama transcurre en el duro invierno de la última semana de diciembre de 1124 en el territorio comprendido entre la aldea de Valdehorna, en los márgenes del entonces caudaloso río Jiloca, las villas de Daroca y Calatayud. Justo antes de que Alfonso I, al que la posteridad también llamó «el Batallador», llevara su campaña de conquista al sur, a la legendaria al-Ándalus. Aragón del siglo XII, una pequeña y joven nación que se debatía y sangraba en el territorio de lo que un futuro lejano sería llamado España. Nuestro país.

Pedro Lázaro Lavilla: también conocido como Pedro, «el Bastardo», joven soldado integrante de la hueste del noble Manrique de Gisbert.

Fernando Blas: escudero del noble Manrique de Gisbert. Jacetano de stirpe.

Manrique de Gisbert: señor de Valdehorna, tenente de Val de San Martín y San Martín del Río.

Alfonso I: rey de Aragón y Pamplona. Hijo de Sancho Ramírez, I de Aragón y V de Pamplona.

Galindo Sánchez de Graus: hijo de Sancho Martiello, primer merino de Graus, también llamado «el Breve» por su corta estatura o «El que Porta el Martillo de

los Infieles» (según la Crónica Silense «Sancii Merini de Graus qui portat malleum. Sancii flagelli Infidelium»). Castellano de Graus. Primer rector de la Cofradía de Belchite. Odiado por los obispos de la Iglesia católica por sus innumerables herejías. Odiado y temido por castellanos y leoneses. Odiado por los judíos y musulmanes por su inmoral crueldad...

Diego López de Haro I, también llamado «el Blanco»: VIII señor de Vizcaya, señor de Haro, primero de su nombre. Alfonso I en el 1111 lo sitia en Haro, pero se ve obligado a retirarse y hacer las paces con el poderoso señor vizcaíno. Aunque amigo de la reina Urraca fue uno de los señores que apoyaron a aragoneses, pamploneses y francos en la conquista de Zaragoza, La Blanca, en 1118. En 1124, comienza una revuelta contra el poder real aragonés y navarro apoyado por sus numerosos y veteranos seguidores; el noble Ladrón de Guevara, también conocido como príncipe de los navarros, es su aliado. Murió supuestamente en 1124 cuando Alfonso I sitia por segunda vez su castillo de Haro y lo toma sufriendo cuantiosas pérdidas.

Abraham ben Meir ibn Erza: filósofo, famoso poeta, médico y matemático judío andalusí que nació en Tudela, huyendo de la ciudad luego de la conquista de ésta por los francos del conde de Alperche en 1118, poco antes de la conquista definitiva de Zaragoza.

Guillermo de Poitiers: también conocido como Guillermo IX de Aquitania o «el Trovador». Excomulgado dos veces por el papa por sus múltiples blasfemias y excesos lascivos con sus amantes plebeyas, por desterrar a su esposa legítima y tener relaciones sexuales

forzadas con la mujer de su noble vasallo, el vizconde de Châtellerault. Obligado a marchar a Aragón en la cruzada contra los almorávides con el fin de expiar sus innumerables pecados y terminar con las abominaciones de su carne.

Said ibn Muhámmad: famoso guerrero almorávide, seguidor de la yihad y uno de los acérrimos caudillos del emir Alí ibn Yusuf, segundo emir almorávide en al-Ándalus. Citado por *al-Tud*, Banu Abbad, de Ibn al-Jakib, al-Hulal.

El Rojo: lugarteniente de la célebre Orden de los Hombrs Libres de Calatayud, extinguida a finales del siglo XII, según menciona Jerónimo Zurita, el cronista mayor, en sus excelentes *Anales del Reino de Aragón*.

Roxana: hermana del Rojo, perteneciente a su misma hermandad.

Fortún Garcés Cajal: noble aragonés, *ricohome*, barón del Reino de Aragón y Pamplona, mayordomo de Alfonso I.

Imad al-Dawla: quinto rey de la dinastía hudí de la taifa de Zaragoza y el último de su estirpe. Uno de sus líderes, Ibn al-Hach, lo había destronado en contubernio con el partido almorávide de la ciudad en mayo de 1110. Apoyó a Alfonso en sus luchas contra los almorávides con dinero y hombres.

García Ramírez: ambicioso joven, nieto de Rodrigo Díaz de Vivar, futuro rey de Pamplona en 1134 tras la muerte de Alfonso I debido a las heridas recibidas frente a las murallas de Fraga. También llamado «el Restaurador».

Urbez de Mainar: mensajero de Manrique de Gisbert.

CAPÍTULO I

Algo más que una virgen negra

*Aldea de Valdehorna, sureste de Daroca, Aragón.
Finales de diciembre, año del Señor de 1124*

La habían robado durante la fría madrugada. O tal vez amaneciendo. Nadie lo sabía a ciencia cierta, y los que podían saberlo estaban degollados. Sus cabezas habían quedado allí, apenas unidas al cuello por una fina tirilla de piel. Ya la sangre se había congelado, mezclada con la sucia nieve de la calzada que llevaba a Daroca, cuando con las primeras luces se hallaron los cadáveres rígidos frente a la destrozada puerta de la pequeña iglesia del villorrio de Valdehorna.

Meditando sobre las consecuencias del hurto, escupió en el suelo, acongojado. El robo significaba el fin del reino de Aragón, Sobrarbe y Navarra. O, dicho con más claridad: la pérdida encarnaba la muerte de Alfonso I; imaginó con creciente pánico la horrible cacería que se desataría contra todos sus seguidores, serían perseguidos por todo el reino por rencorosos moros y falsos cristianos, vendidos por los prestamistas judíos, acosados hasta exterminarlos, torturados en los fríos páramos de toda la región, desde las orillas del Ebro hasta los Pirineos aragoneses. Se perdería la recién

conquistada Zaragoza, la gran Huesca y todo el valle del Ebro. Sería así con seguridad, pensó angustiado y mirando de soslayo la copa medio vacía que apenas sostenía en su mano temblorosa; y, lo más importante, al fin y al cabo, ese robo simbolizaba su propia muerte, recapituló ahora mucho más agobiado e intentando escupir de nuevo, inútilmente, sin poder despegar los labios de su boca pastosa, atiborrada ahora de una repulsiva saliva amarga.

Sudaba a chorros, aunque la habitación era más bien fría. Contemplando sin interés el pataleo de los dos ahorcados a través de la pequeña ventana se bebió de golpe el último trago de vino. Sabía a hiel. Paladeó haciendo un mohín de desagrado y aguantando a duras penas el deseo de estrellar la copa contra la pared cubierta de los caros tapices bordados con plata. Volvió la vista nuevamente a los muertos, los observó sin placer, detallando sus desnudeces, los ridículos miembros aún bailando en sus últimos espasmos de vida, zarandeados por el aire frío que bajaba de las montañas, desde más allá de las Cañadas y Val de la Parra. Abajo se veía con claridad la oscura mancha en la nieve del último orine de los ejecutados. Es triste morir encharcados en nuestra propia orina. Alzó la mirada hacia las lejanas cumbres nevadas, como buscando la respuesta a su grave problema, acongojado por la terrible pérdida. Pero su preocupación no era la simple ejecución de estos dos necios, dos patanes menos no hacen la diferencia, el problema era más grave: la Virgen de la Cabeza había desaparecido. No se había desvanecido por arte de un milagro: la habían hurtado alevosamente la noche anterior, sacándola de la hornacina principal de la pequeña iglesia adosada al muro exterior de su modesto castillo. Con esa facilidad también le hubieran podido rebanar el

cuello cuando dormía, aunque hubiera sido preferible que lo degollaran, pensó afligido. Era mejor ahogarse en su propia sangre a que le robaran la condenada virgen negra, suspiró mientras veía con satisfacción cómo ahora se resistían, clavando los pies en el suelo, dos hombres más que arrastraban a la horca; dos hombres vestidos con un taparrabos, dos pobres diablos que de repente ya colgaban, repitiendo idénticos movimientos de agonía que los anteriores. Su derecho al pataleo. Orinándose también en el último estertor. ¿Cuántas veces había visto esta escena? No lo sabía. Si le dieran un solo mancusos de oro por cada hombre que hubiera ahorcado o acuchillado sería más rico que el emir de Granada. Llenó otra copa de vino y siguió deleitándose en la contemplación de la agonía de los nuevos ahorcados. Una pequeña alegría en ese malhadado día. Cuatro patanes menos no hacen la diferencia, ponderó con placer, mientras sopesaba en su fuero interno si también debería estrangular al gordo tabernero de Daroca que lo abastecía de ese vino de mierda. Se regodeó en la idea de cogerlo con sus propias manos por su cuello seboso, apretar deliciosamente los dedos alrededor de su abultado gaznate, hundirle la nuez con los pulgares mientras apoyaba la rodilla sobre su pecho, ver con placer cómo su rostro obeso y servil se ponía cárdeno por la falta de aire, hasta que se orinara también, o se cagara de pura muerte y terminara de patalear en el frío piso de la bodega donde almacenaba este vino de mierda. No sería mala idea, volvió a pensar con fruición recreándose en el macabro deseo, mientras todavía tenía en los dedos la gustosa sensación de la piel sebosa del tabernero, y el trago áspero le iba raspando todo el paladar, bajándole por el gaznate, agriándole más el gesto.

Cojeando trabajosamente se acercó más a la ventana. Hurtada, pensó. La virgen negra de la iglesia de Valdehorna, la milagrosa Virgen de la Cabeza. La misma que había llegado a la aldea gracias al milagro de un santo ermitaño que la trajo luego de la conquista de la villa de Daroca y de los pueblos de alrededor por nuestro señor Alfonso I, rey de Aragón y de Pamplona, por la gracia del Señor; Alfonso, el vencedor de los veteranos almorávides, el conquistador de la populosa Zaragoza, Al-Baida, la Ciudad Blanca, capital del valle del Ebro. La misma virgen que, durante una plaga de langostas devoradoras de los sembrados de trigo y centeno, obró milagro levantando recios aires que habían arrastrado esa calamidad al mismo infierno de donde salió. Miró en la lejanía el oscuro cerro de San Quilmes, recordó el dicho de los aldeanos de Val de San Martín: cuando Quilmes está cargado, tormenta cercana. Pero ¿qué peor tempestad que esta que se venía encima amenazando con arrancarle las mismas entrañas y la cabeza?

En resumen, alguien la había robado. ¡Maldición! ¡Así murieran todos los incapaces que hacían guardia esa noche tan fría! Y echó otra mirada llena de rencor a los ejecutados que habían terminado su macabro baile colgando de las cuerdas. El noble Manrique de Gisbert, señor de Valdehorna, tenente de Val de San Martín y San Martín del Río, estaba de un humor de perros. Esa mañana se había incorporado entre juramentos del lecho, apoyándose dolorosamente en un venablo de caza y cojeando hasta el ventanuco enrejado para meditar mientras contemplaba la plaza de armas de su pequeño castillo. Hizo una mueca de hastío y de rabia intentando no descargar todo el peso de su cuerpo sobre su pierna herida. Cada paso era como si

alguien le hurgara las heridas con un punzón al rojo vivo. Sirviéndose otra copa, angustiado y rabioso, rememoró una vez más todo lo que había ocurrido en el corto día: aún estaba oscuro cuando vinieron a avisarle del hecho entre gritos y cuernos de alarma de los centinelas, lo sacaron de su cama de convaleciente donde sudaba la fiebre suscitada por las profundas heridas provocadas por los colmillos de un inmenso jabalí cuando cazaba al sur de Monreal. Ahora, estando de pie, las llagas le supuraban nuevamente. El maldito animal había acabado con la mitad de su jauría antes de alcanzar a su caballo y, de no ser por su habilidad con los venablos, el dolorido Manrique no estaría ahora maldiciendo, aunque no sabía qué era mejor, si estar muerto masacrado por la bestia salvaje o informar a su majestad de la pérdida de la virgen. ¡Dios mío! ¿Cómo se lo diría? ¿Cómo decir a Alfonso que había fallado en la misión que le había sido encomendada? ¡Y justo en este momento, en el que cualquier error llevaría al traste con los planes reales de conquista de nuestra tierra en poder de los infieles!, se dijo. Debía de haber dicho que no cuando aún podía, en el mismo instante en que el rey se lo propuso. Mejor hubiera aceptado la tenencia de Daroca. Ahora estaría cómodamente instalado allí cobrando los impuestos, en vez del soberbio ese de Fortún Garcés; debía haberle dicho entonces al rey que la misión se la diera a ese arrogante de Fortún. Ese balloquero que se cree que no caga. ¿Acaso el mismo Alfonso no había dicho públicamente más de una vez que confiaba ciegamente en él? ¿Que si en sus manos estuviera le daría heredades por todo el rico valle del Ebro? Pues que le hubiera encomendado la misión. ¿Acaso ese Fortún en su castillo de Daroca no se había vanagloriado frente a él muchas veces de ser el

más poderoso y rico hombre de Aragón y Pamplona? O, mejor, que el rey le hubiera dado ese complicado cometido a ese otro engreído, al franco de mierda ese que se creía un elegido del Señor sólo por haber pavoneado su culo sudoroso por todos los desiertos de Jerusalén y quién sabe si también por sus burdeles, ofreciéndolo en dádiva a los caballeros cristianos recién llegados para que depositaran en su ojete sus abundantes ofrendas de varón; ese maldito presuntuoso de Gastón de Bearn. A ese franco que ahora era señor de Zaragoza, de Huesca y los señoríos de Monreal y Uncastillo. ¡Extranjero ambicioso que había embaucado al rey construyendo las catapultas y esos artefactos del diablo para conquistar Zaragoza la Blanca! ¡Como si les hubiera hecho falta su ayuda realmente para ocupar la ciudad! ¡Badajuelo fanfarrón!

Manrique escupió en el piso con rabia, tomó su pesada hacha de combate con una sola mano e hizo un molinete sobre su cabeza deseando que algún día los infieles almorávides derrotaran a Gastón de Bearn, le cortaran la cabeza con un tajo parecido al que ahora blandía, se la llevaran acompañada de un alegre redoble de tambores, la pasearan encajada en la punta de una lanza por toda la ciudad de Granada y luego la transportaran escabechada a sus áridos países de ultramar exponiéndola en una pajarrera oxidada en cualquier plaza de sus polvorientas ciudades del desierto, como los saltimbanquis de Huesca mostraban en las ferias de los villorrios de los Pirineos las maravillas de los osos enanos encorsetados en sus jaulas. Imaginó la cabeza cortada, el gesto agónico de la boca abierta del tal Gastón, sus dientes partidos, la lengua y las orejas cortadas, arrojadas a los perros. ¡Ojalá que a ese maldito olifante del que siempre se vanagloriaba Gastón

lo destrozaran los herejes en menudos pedazos y lo tiraran al profundo Ebro de una condenada vez! ¡Maldito franco! ¡Demonios! Manrique, sin importarle que Gastón estuviera casado con Teresa, la prima hermana del rey, comenzó a regodearse en sus deseos de ver cercenada la cabeza de Gastón y casi la pudo ver con claridad, su cuerpo tirado en un yermo, el cuello chorreando sangre, descabezado, los aragoneses teniendo que pagar un grueso rescate por su cadáver decapitado y enterrándolo en la Iglesia Mayor de Zaragoza, sin cabeza, claro está. Y casi le dio alegría pensar en eso. Pero los deseos son sólo deseos, recapacitó: el problema que tenía ahora era la realidad. Hubiera preferido enfrentarse a los merodeadores, asesinos y ladrones que pululaban por toda la zona cercana a Daroca y no custodiar esta maldita virgen. Si no la recuperaba, sería su propia cabeza la que cercenarían, y su cuerpo, el devorado por los perros en algún erial cercano a Daroca. Alguna vez había escuchado que cuando se corta la cabeza y la levantan aún queda vida suficiente para poder mirar el propio cuerpo yugulado. Apartó esas ideas de su mente. No ganaba nada con eso.

Se apoyó más en el venablo descargando todo su peso. ¡Diablos, cómo le dolía el pie! Vio una leve columna de humo detrás del cerro Marronil, podría jurar que la fogata estaba encendida a la distancia de un tiro de flecha de Val de San Martín. Debería mandar un grupo de jinetes ligeros a investigar quiénes eran los autores del fuego. Seguramente serían merodeadores preparando el desayuno. Algunos conejos que habrían cazado con las primeras luces. Ya se sabía que acampaban cerca de la rambla de San Juanejo. Debería armar una partida y dar un rodeo por la cuesta de la Vega y sorprenderlos, pensó con fasti-

dio. Sólo habían pasado unos pocos años desde la conquista de Daroca y Calatayud, y no era raro encontrar gentuza de toda laya por las cercanías. Atrapar hombres infieles, felones, raspamonedas, era lo que mejor se le daba al carácter de Gisbert; ahorcarlos luego o hervirlos en aceite, le daba lo mismo; luchar en batalla campal al frente de su mesnada es lo que hubiera querido hacer; emboscar al enemigo, embriagarse en los gritos de los moribundos, limpiar la sangre de su espada, curarse las propias heridas, eso era lo suyo. Esta paz no le gustaba, las intrigas y la alta diplomacia tampoco, justo ahora, cuando podía acompañar a su rey a la conquista de al-Ándalus había ocurrido esto. ¡Maldición!

Manrique fue cojeando hasta la puerta, cada paso era un tormento infernal por el dolor lacerante que parecía meterse en cada hueso de la pierna, le ordenó a uno de los guardias que estaba fuera que bajaran a la mazmorra que estaba debajo del sótano, desataran y trajeran al sacerdote de la iglesia. Se sentó a la mesa echándose otro largo trago de vino al colete, mirando el hogar encendido que chisporroteaba con menos fuerza, amenazando apagarse. ¿Le pediría ayuda a Fortún, el teniente de Daroca? No podía hacerlo. ¡Ese fante de mierda! ¡Ese creído! Además, no podría solicitarle hombres sin traicionar su secreto o que éste sospechase algo. ¡Maldito ambicioso al que todo le parecía poco! Ese Fortún, que, cuando Alfonso le había dado en señorío a Manrique de Gisbert los pequeños pueblos de Valdehorna y Val de San Martín con sus rentas, había refunfuñado porque deberían pertenecer a la ciudad de Daroca por la cercanía territorial y bajo su jurisdicción, a lo que el rey se había negado secamente y dicho: yo lo dispongo así, De Gisbert merece más y no se hable más del

asunto. Pero ahora posiblemente mereciera menos cuando al rey le llegara la mala nueva. El barón de Valdehorna lo tenía muy claro: su cabeza no estaba muy firme sobre sus hombros después de esta terrible pérdida. Y Alfonso se lo había recalcado varias veces: era un secreto de ellos dos, los otros complotados apenas sabían detalles, y de ese pacto dependía el futuro de la cristiandad, aunque ésta lo ignorara y, si se enteraran los grandes señores de Aragón y Navarra, se opondrían al plan, aunque sólo con éste se podría detener la terrible amenaza infiel de los poderosos ejércitos almorávides. «Recuerda, Manrique», le había dicho el rey, «los seguidores de Mahoma no sólo amenazan nuestro reino, sino a todos los cristianos; si nosotros no somos capaces de detenerlos, nadie lo hará. Están mejor organizados que nosotros, cuentan con una hueste más poderosa, tienen más dinero y recursos, en general; si perdemos Zaragoza, luego será Huesca, y Jaca. Sólo quedarán los Pirineos y las tierras de nuestros aliados detrás para ellos, expeditas a su caballería ligera y su experimentada infantería; no creo que nuestros aliados de Gascuña y Bear sean capaces de detenerlos nuevamente en Poitiers, ahora no tienen a otro Carlos Martel. Sólo estamos nosotros. ¿Has olvidado a Al-Malik y sus terribles aceifas por las tierras de Aragón y Pamplona en tiempos de nuestros ancestros? ¿Recuerdas la catedral de Roda arrasada hasta sus cimientos y la humillante prisión del obispo Aimerico? Si no los detenemos, dentro de unos pocos meses los infieles estarán abrevando sus corceles árabes en el Sena, un año después tendríamos mezquitas dominando toda la campiña romana y uno de sus muecines llamando al rezo a Alá desde la misma Roma, por eso te doy este cometido y estas heredas de Valdehorna y sus alrededores». Eso le había dicho

Alfonso y luego repetido más de una vez: «ésta es tu misión, no falles o estaremos todos condenados a vivir para siempre esclavizados bajo el yugo de estos infieles».

Y había fracasado en la encomienda, pero, aun así, no le pediría ayuda a ese mierda de Fortún, ese engreído, teniente de Grañón y Viguera, y ahora de Daroca; siempre recordaría el insulto que le había infligido hacía muchos años ya, cuando le solicitó auxilio durante la batalla de Cutanda y ahora, justo ahora, precisaba nuevamente de su asistencia, pero, válgame Dios, que no se la pediría. Cutanda: ¿qué habría ocurrido si le hubiera contado a Alfonso lo que había hecho Fortún cuando él le solicitó auxilio en medio de la batalla? Quizás entonces este jactancioso no fuera el favorito del rey. Tal vez hace mucho que sus huesos serían polvo en alguna fosa anónima. Fantoche de mierda. Badulaque con ínfulas de gran hombre. Una vez decidido que no le pediría ayuda a Fortún, ¿qué haría entonces para recuperar la virgen negra? Lo primero, ¿cómo y quién la robó? El motivo lo sabía: alguien se había enterado del secreto. Del pacto terrible que derribaría todos los planes de expansión de Alfonso de darse a la luz. Cerró los ojos, imaginó el exterior de su castillo, el rastrillo tirado y la pequeña iglesia adosada al muro de defensa, el pequeño *hishn* que habían construido como avanzada de sus tropas los alarifes del último rey infiel de Daroca, Aben Gama. Imaginó las rondas de sus guardias por la noche, la iglesia que antes había sido una pequeña mezquita destinada a los moros que antes cuidaban el lugar y, después de la conquista de Daroca y de la aldea de Valdehorna, se había sacralizado, convertida en la casa santa de Señor. Unos meses atrás, Manrique había contratado a un maestro escultor de Huesca que talló un friso a relieve sobre las

puertas, o, ¿cómo decía ese maestro de obras que se denominaba? Ah, sí, una arquivolta, un friso con un Cristo en majestad rodeado de guerreros sobre el dintel, figuras sagradas que se suponía protegerían de todo mal la entrada de la pequeña iglesia. Las puertas de recia madera de fresno reforzada con clavos de hierro que permitían el paso deberían ser inexpugnables. Además, le había puesto guardia, día y noche; dos hombres de armas siempre estaban allí, con el pretexto de que podría ser un punto de acceso fácil al castillo al estar adosada a uno de sus muros y, en caso de asedio, los musulmanes podrían usarlo de punto de apoyo para escalar las murallas, pese a estar en la parte más baja de la colina que ocupaban las murallas del edificio defensivo. De nada había servido el crisma sagrado que el maestro oscense talló para evitar el robo. Nadie había escuchado nada y sólo habían hallado los cadáveres de los guardias frente a los restos de la pequeña fogata encendida para calentarse en esa fría noche de invierno. No los despojaron de sus pertenencias, aún tenían algunos sueldos jaqueses en sus bolsas y tampoco se llevaron el valioso puñal en la cintura de uno de ellos. Habían ido sólo a robar la condenada virgen.

Al párroco lo habían traído a su habitación ya con las primeras luces del día muy adelantadas; cuando lo fueron a sacar de la mazmorra donde dormía plácidamente, los guardias le propinaron con indiferencia dos patadas en un costado para despertarlo, y allí estaba ahora frente a él, desmejorado, pálido de miedo, el escaso pelo canoso pegado a la frente blanquecina, la gruesa papada sudorosa, miraba entre compungido y temeroso al poderoso señor de Valdehorna, que, en un arranque de rabia cuando entró a la habitación, había clavado el hacha de doble filo

en la sólida mesa de roble del comedor, llena de restos de comida de la noche anterior. El mueble crujió resistiendo a duras penas el embate del filo. El religioso iba a protestar, decirle al señor que su figura era sagrada y que no podía encerrarlo en una sucia celda así como así, porque las injurias que le hicieran a su persona ofendían a la santa Iglesia en su totalidad; iba a amenazarlo con excomulgarlo, pero al ver la cara desencajada y enrojecida de rabia del señor y escuchar el chascar de la madera bajo el filo cortante del hacha de combate, se aconsejó mejor: vio en sus ojos enrojecidos que sería capaz de rajarlo en dos con esa misma hacha sin importarle la inviolabilidad sagrada de su tonsura. Esa hacha lo escindiría como si fuera una sandía madura abierta por las manos de un niño. Y hacerlo le importaría una mierda a su señor, al que ya había visto en más de una ocasión deleitarse cortando personalmente el cuello a los facinerosos que caían en sus manos, mirando con profunda satisfacción cómo se retorcían en su agonía, cómo suplicaban agonizantes y se ahogaban en su propia sangre. Los mastines se aproximaron y comenzaron a lamerle los pies, temblorosos. Nunca había escuchado jurar tanto al señor y tampoco entendía ese súbito acceso de ira o de fe. ¿Tanto jaleo por una simple virgen? Habían robado la Virgen de la Cabeza, ¿y qué? Ya buscarían otra. Era cierto que ésta era la milagrosa, pero ¿acaso los milagros viven en las figuras o ídolos? Los milagros vienen de la fe. El sacerdote le describió lo que ya sabía, sorprendieron a los dos guardias por la espalda, degollándolos, y forzaron las puertas de la iglesia. Sólo se habían llevado la virgen, no habían tocado los cálices de plata repujados en oro, ni la mediana cruz de oro macizo que estaba en la pared.

—Señor, tampoco se llevaron, por suerte, la cruz de san Esteban, que tiene un pedazo de los huesos del santo resguardado de oro y custodiado por zafiros y ónice. Seguramente, no la vieron porque se marcharían rápidamente temerosos de que los pillaran. Pensarían que los adornos dorados de la virgen sería lo más valioso de la casa del Señor. Ni siquiera tuvieron tiempo de desvalijar a los guardias que asesinaron; además, se nota que los sorprendieron dormidos, por la espalda.

De Gisbert hizo un gesto de impaciencia, no le decía nada nuevo. El sacerdote prosiguió contando con un nerviosismo creciente:

—Rompieron la cerradura y entraron en la iglesia, he hallado hollín de antorchas en el dintel de la puerta y manchas de fango y de nieve en el suelo, por lo que infiero que tuvieron que pasar el río Jiloca para venir y las huellas de los caballos se perdían en esa dirección. Huyeron con rapidez.

—¿Y nadie vio nada?

—No, señor. Y tampoco tocaron el santo sepulcro de plata maciza.

Manrique rabiaba, con el cabreo que tenía lo hubiera ahorcado con sus propias manos en ese momento. ¿Estaba preocupado por las riquezas de la iglesia en vez de por la virgen? ¿Cómo se va a estar alegrando por el oro y la plata si la virgen era mucho más valiosa? Infinitamente más valiosa, meditó angustiado y con hondo pesar. Recordó cómo la trajo, lo ideó todo cuando llegó a la pequeña aldea de Valdehorna, en las cercanías de Daroca. Montó un pequeño teatro como correspondía: al mes de estar en sus posesiones, uno de los hombres del rey, disfrazado de santo ermitaño, trajo la pequeña figura oscura; se había